



El monetarismo y el neo-estructuralismo

FRANCISCO GIRALDO ISAZA
Profesor Escuela de Economía UPTC

RESUMEN:

El propósito de este ensayo es presentar un análisis de las concepciones monetaristas y neoestructuralistas acerca del desarrollo en América Latina. Enfatiza en las ventajas de este último modelo, en particular la confianza que nuevamente se le confiere al Estado para afrontar las desigualdades sociales y conseguir los desajustes del mercado. El Estado debe nuevamente asumir un papel central como regulador de las economías de la región y protector del tejido social.

Palabras Clave: América Latina, desarrollo, crecimiento, política, desempleo, pobreza.

ABSTRACT:

This paper is aimed at presenting an analysis of the conceptions monetary policies neostructuralism related to Latin America. The emphasis is on the advantages of the neostructuralist model, specially the responsibility assigned anew to the State to solve social inequity and prevent market inequity. Then, the State must play, again, the central role as the local economy regulator and watcher of the society.

Key words: Latin America, development, growth, unemployment, policy, poverty.

INTRODUCCIÓN

El presente ensayo constituye la segunda parte del trabajo titulado “Las Teorías del Desarrollo en América Latina”, cuya primera entrega se publicó en el número anterior de esta Revista. En esta segunda entrega se examina en su orden el pensamiento monetarista y neoestructuralista sobre los problemas de América Latina.

Contrario a lo que piensan los ideólogos del monetarismo, podemos decir que la aplicación de este modelo en América Latina ha resultado un fracaso y por eso debe ser sustituido por otro que permita enfrentar de manera distinta y mejor las innumerables dificultades que tenemos en la región. Dicho modelo alternativo ha sido elaborado por la Cepal, se conoce con el nombre de neoestructuralista, debido a la forma similar de tratar la problemática latinoamericana a como lo hicieron los primeros economistas teóricos de esta institución.

Mi interés con este trabajo es el de exponer y difundir entre los estudiantes este modelo de manera sencilla, para inducirlos a profundizar en el mismo, conocerlo mejor y confrontarlo con el monetarista hoy predominante y casi único a nivel mundial. Precisamente por esto último es común en nuestro medio creer que no existen otras posibilidades distintas de desarrollo, ante lo cual debemos replicar afirmando que si podemos reflexionar de forma diferente a la ortodoxia económica y el monetarismo no es la única solución a los males que tenemos.

Ahora bien, ¿a qué se debe la necesidad de remplazar el monetarismo? De todos es sabido que América Latina se encuentra organizada sobre las bases de una economía de mercado. Estos son los que dominan y regulan casi todas las actividades sociales, económicas, políticas y culturales de estos países. Todo tiende a convertirse en mercancía, tiene precio y lo que busca el ser humano en sus intercambios no es otra cosa que su propio prove-

cho, ganancias o beneficios económicos que se contraponen al bien común. Abandonar la sociedad a estos principios la llevan inevitablemente a la crisis, desempleo, y enfrentamientos sociales.

El modelo según el cual operan actualmente dichas economías es copiado directamente de los E.U. y adaptado a los países de la región. Según dicho modelo, el mercado por sí sólo garantiza un eficiente y adecuado funcionamiento económico. Aunque se reconocen algunas fallas del mercado, se consideran las del Estado mayores y también perjudicial la intervención de éste en la economía. Por eso el propósito de la política económica consiste en dejar al mercado libre e iniciativa privada la asignación de los recursos, la determinación de las inversiones productivas, la fijación de los volúmenes de producción global y sectorial, la generación de empleos y demás variables básicas de la economía. Para ello la flexibilización de los mercados se considera fundamental si se quiere obtener un adecuado funcionamiento económico, acorde con altas tasas de crecimiento.

Para el pensamiento neoliberal el Estado debe ser reducido y su acción mínima sobre la economía. La reducción del Estado implica suprimir progresivamente sus obligaciones sociales en materia de educación, salud y seguridad social, a fin de que el mercado y la empresa privada presten estos servicios a la población. La reducción de las actividades del Estado no significa, sin embargo, que éste no continúe relacionándose con la vida eco-

nómica de la sociedad. Su papel debe ser el de someter el sistema productivo a severos ajustes macroeconómicos para lograr sus equilibrios básicos e insertar así adecuadamente las economías de la región a la mundial globalizada.

Dicho modelo en mención viene implementándose en América Latina desde comienzos de los años 70 (Chile), después moderadamente en los años 80 en el resto de los países, luego con la caída del muro del Berlín en el año 1989 y consenso de Washington, se impone y adopta ampliamente desde comienzos de la década de los 90 hasta el presente. Durante todo ese largo periodo de intensa experiencia monetarista en América Latina, los resultados de su implementación, puede decirse, son precarios. En todos los países las tasas de crecimiento económico son desalentadoras, amplios grupos de la población no encuentran ocupación, el desempleo aumenta y los excluidos de los beneficios del sistema crecen dramáticamente. Las economías se encuentran con mayores dificultades de las que tenían antes, no se han podido adaptar bien a la globalización y son cada vez más inestables y vulnerables a la misma. La apertura económica y libre movilidad de mercancías y de capitales ha destruido empresas agrícolas e industriales que antes estaban consolidadas, trayendo consigo más pobreza, desigualdades y miseria humana en la región.

Todo lo anterior plantea la necesidad de sustituir ese modelo por otra alternativa de desarrollo que permita cambiar esa

lamentable realidad. El modelo existe pero el ignorarlo, y sobre todo debido a la falta de voluntad política para hacerlo, todavía no se ha podido aplicar en la región.

En este trabajo se expone dicho modelo, se lo examina analíticamente, señalando sus ventajas, siendo una de sus características la confianza que nuevamente se le confiere al Estado para enfrentar las desigualdades sociales que el mercado y la competencia privada inevitablemente traen consigo. Abandonar la sociedad a las fuerzas ciegas e inhumanas del mercado es demencial, puede destruir la cohesión social como de hecho lo está haciendo y por eso el Estado debe nuevamente asumir un papel central como regulador de la economía y protector del trío social.

EL ENFOQUE MONETARISTA

El pensamiento monetarista sobre el subdesarrollo de América Latina surgió como una reacción crítica al enfoque de la Cepal. Para los países de la región, el modelo que se desprende de dicho pensamiento significó que se modificaran las estrategias de desarrollo que se venían implementando desde los años 50's, en particular se sustituyeron las políticas de protección por otras de apertura de las economías regidas por el mercado.

Según los monetaristas, el modelo Cepalino de industrialización por susti-

tución de importaciones se agotó y fracasó. En su criterio, después de haberse implementado las medidas de la Cepal en casi todos los países de la región, continuaron los desequilibrios externos e internos como consecuencia no sólo de la baja productividad y poco dinamismo de la economía latinoamericana, sino fundamentalmente a causa de las políticas adoptadas. De acuerdo con esta visión, si bien se avanzó en el proceso de industrialización en la región, éste no fue suficiente ya que persistieron los déficit comerciales; el endeudamiento externo; la inserción en la economía mundial con base en exportaciones de bienes primarios; el desempleo y el subempleo aumentaron; la inflación no se pudo controlar; tampoco se logró una distribución más equitativa de la riqueza e irrumpió el fenómeno nuevo de la economía informal que absorbe una proporción alta de empleo improductivo de bajos ingresos en las actividades comerciales, de los servicios y de la producción.

En varios aspectos los monetaristas coinciden con la Cepal en la descripción y análisis realizado acerca de las dificultades de la realidad de los países de América Latina. Sin embargo, existen abismales discrepancias tanto en los diagnósticos como en las políticas y estrategias sugeridas para la solución de los problemas. Una de las diferencias radica en que los monetaristas explican esa realidad no en términos de las rigideces estructurales externas y de la producción, sino sobre todo enfatizando en los desajustes introducidos por la Cepal debi-

dos al mal manejo de las variables económicas.

Algunos elementos de la crítica serían los siguientes: 1. La excesiva protección que se le dio a las industrias locales (Balassa y otros, 1986). Las trabas al comercio frenan la competencia y por eso tornan las actividades productivas ineficientes. La restricción a la competencia determina que las empresas operen en condiciones de baja productividad, altos costos, lenta incorporación de progreso técnico y por tanto en una situación de bajos ingresos para la población. Adicionalmente, los obstáculos al libre comercio fomentan los monopolios que al actuar en mercados reducidos con tamaños de planta sobredimensionados, crean distorsiones y conllevan a la subutilización de los recursos, a desperdiciar las ventajas que ofrecen las economías de escala, a la elevación de los costos de producción y al encarecimiento de las mercancías; 2. Otro aspecto de la crítica son los considerables déficit fiscales que se financian con la venta de títulos y con emisiones de los bancos centrales a través de préstamos a los gobiernos. A juicio de los monetaristas, la colocación de papeles oficiales en los mercados de valores hace que los ahorros se desplacen del sector privado al público, desestimulando las inversiones, la capacidad del sistema de generar nuevos puestos de trabajo y el nivel de actividad económica en el mediano plazo. Por su parte, la emisión conduce a la inflación y ésta tiende no sólo a deprimir los salarios reales sino además a revaluar la moneda, desestimulando con ello las

exportaciones, desequilibrando la balanza de pagos y obligando a los gobiernos a devaluaciones que a su vez, en un círculo vicioso, actúan nuevamente sobre el crecimiento de los precios; 3. Finalmente, las bajas tasas de interés y los créditos subsidiados impiden que los recursos se asignen eficientemente (Mackinnon, 1974). El dinero barato no raciona el crédito entre las diferentes unidades económicas y facilita que los empresarios emprendan proyectos de inversión en infraestructura ociosa; además, si las tasas de interés son demasiado bajas, desestimulan el ahorro, crean problemas para financiar el crecimiento y perjudican la política anti-inflacionaria puesto que la demanda por créditos aumenta y con ella la expansión secundaria.

En la concepción monetarista sobre el subdesarrollo se supone que los agentes económicos obran racionalmente y asignan óptimamente los recursos, ya sea para producir bienes y servicios o en el intercambio de los mismos. Por eso, se afirma que sólo la competencia, la iniciativa privada y las fuerzas del mercado, no condicionadas por el Estado, son compatibles con el crecimiento económico y el desarrollo social. En este sentido se considera la intervención del Estado como perjudicial y se postula la libre competencia como el principal propósito de la política económica. También se sostiene que las actividades privadas, actuando libremente en los mercados según el sistema de precios relativos, son indispensables para la distribución eficiente de los recursos y el adecuado fun-

cionamiento del sistema económico. De ahí que se sugiera para los países de América Latina unas economías menos protegidas y más abiertas al comercio mundial y a la movilidad de capitales internacionales, para lo cual se plantea reformas cambiarias que disminuyan los aranceles y unifiquen las tarifas, eliminen el control de cambios y flexibilicen las normas que reglamentan la inversión extranjera y la entrada de capitales. Del mismo modo, se deben estimular las exportaciones, orientando preferiblemente los recursos a la producción de bienes transables, con una tasa de cambio que sea la que más convenga, flexible y no fija, determinada por las condiciones generales de la economía y por el libre juego de la oferta y demanda de divisas.

De igual manera, se recomienda una menor presencia del Estado como agente productivo y como orientador de la economía. Se proponen reformas a las entidades del Estado para modernizarlas. Las reformas abarcan aspectos tales como la redefinición y disminución de sus funciones, fusiones y liquidación de empresas públicas, su privatización y venta indiscriminada a particulares y, finalmente, destitución masiva de funcionarios oficiales.

En el mercado laboral se insinúa su flexibilización de tal manera que sea el libre movimiento de los salarios el que corrija los excedentes de mano de obra no vinculada a las empresas. En este sentido se da a entender la conveniencia de

eliminar los sistemas de contratación a término indefinido y otras prácticas institucionales que mantienen los salarios monetarios rígidos a la baja.

En el frente financiero se sugiere una reforma que flexibilice el sistema de intermediación no sólo para que las tasas de interés reales sean positivas, sino particularmente con el fin de que el sector privado sea el responsable de la asignación de los recursos. En consecuencia, se propone suprimir los créditos de fomento subsidiados y los regímenes de inversiones forzosas.

Los monetaristas consideran como principales obstáculos al desarrollo los desequilibrios macroeconómicos externos e internos de corto plazo, de ahí que las políticas de ajuste para corregir los déficits comerciales y las políticas de estabilización para controlar la inflación son las más adecuadas. Las políticas de ajuste recomendadas recaen sobre la reducción de la demanda agregada y no sobre aumentos de la oferta que implicarían modificar la estructura productiva (Ramos, 1991).

El propósito de las políticas de ajuste es el de forzar a las economías de la región, a través de la reducción de los gastos, a que se vean obligadas a realizar mayores ahorros domésticos y en divisas para destinarlos a las actividades productivas, dando lugar a unas más amplias oportunidades de inversión privada y de crecimiento económico, como también al pago del servicio de la deuda externa. En este

sentido, según los monetaristas, la contracción de la demanda agregada aconsejada en las políticas de ajuste no sería un factor de estancamiento sino de expansión de la base productiva. Las políticas de ajuste incluyen entre otros aspectos: aumento de la tasa de salarios por debajo de la tasa de inflación; aumento de las tarifas de los servicios públicos y del precio de los combustibles; aumento de los impuestos indirectos, menores subsidios e inversión pública.

Por su parte, las políticas de estabilización actúan principalmente sobre los medios de pago e incluyen la restricción de la cantidad de dinero, aumentando los coeficientes de reservas de los bancos; disminución de la base monetaria restringiendo los créditos de tesorería y al sector privado; y recortes de los gastos sociales para disminuir los déficit fiscales que son considerados como una de las principales variables que determinan el incremento del nivel de precios.

Según los monetaristas, la adopción de todo este paquete de propuestas iría a significar para los países de América Latina un crecimiento económico más dinámico, innovador de progreso técnico, capaz de elevar la eficiencia de las empresas, aumentar su productividad, reducir sus costos de operación y mejorar la calidad de sus productos a fin de poder exportar buena parte de los bienes fabricados internamente, todo lo cual iría a redundar en un mayor volumen de empleo productivo y en el mejoramiento de las condiciones de vida de la población.

Sin embargo, infortunadamente para los países de la región, la aplicación del modelo que se viene haciendo desde mediados de la década de los 70 no arrojó los resultados que se esperaban. Si bien la región logró mejorar relativamente ciertas condiciones de sus economías, en particular estabilizar el crecimiento del nivel de precios, corregir los déficit fiscales y superar la crisis de la deuda externa, el crecimiento económico fue lento en la década de los 80 si se lo compara con el de las décadas de los 60 y 70 y los costos sociales de las medidas fueron enormes. Así lo demuestra un trabajo reciente de SUNKEL para quien la implementación de modelo monetarista en América Latina tuvo impactos económicos y sociales demasiado dramáticos en el continente. En palabras del autor: “la reforma económica neoliberal está teniendo unas consecuencias económicas y, sobre todo sociales, devastadoras: baja inversión, rápida obsolescencia y rezago tecnológico, agudo deterioro de la infraestructura, alto desempleo, fuerte rebaja de los salarios, violenta reducción del gasto social, grave deterioro de los servicios públicos de salud, vivienda y previsión social, rápido aumento en la marginalidad, desnutrición, y con todo ello la reanudación e intensificación del ciclo infernal de la violencia, la delincuencia y la represión” (SUNKEL, O. 1995, p. 27).

En síntesis, se puede decir que los efectos de las políticas de ajuste, de apertura y reestructuración de las economías sugeridas por el modelo monetarista han

sido bastante negativas para la mayoría de los países de América Latina. En el campo económico, las tasas de crecimiento de los principales indicadores económicos como el PIB global, el empleo y el coeficiente de inversiones privadas disminuyeron en la década de los 90 a raíz de las diferentes medidas que se tomaron en materia fiscal, monetaria y financiera, las cuales comprimieron los distintos componentes del gasto agregado interno, y deterioraron las condiciones generales de las economías de la región. En el frente social, dichas medidas profundizaron el empeoramiento de las condiciones de vida de la población, reflejándose en un aumento de la pobreza y de la desigualdad, en la disminución de los salarios reales de los trabajadores y en el crecimiento del empleo informal, inestable, mal remunerado y de baja productividad; y en el plano político, la estrategia monetarista debido a la agudización del desempleo, la pobreza y la desigualdad, arrojó como resultado el aumento de las tensiones y enfrentamientos sociales como ocurrió en Venezuela, México y Colombia entre otros países.

Si a lo anterior agregamos que aún permanecen en la región una actividad exportadora apoyada en productos del sector primario, una industria sometida a la competencia foránea e incapaz de producir suficientes bienes intermedios y de capital, y un desarrollo tecnológico precario e insuficiente, tenemos que la dependencia externa continúa siendo un problema ya que todo ello junto, sigue impidiendo una adecuada acumulación de

capital y un aceptable crecimiento económico. Por lo tanto, se debe concluir que el monetarismo, así como ocurrió con la estrategia de la CEPAL, se constituyó en un fracaso para América Latina dado que aún continúan vivos muchos de los males que se querían combatir.

EL ENFOQUE NEOESTRUCTURALISTA

A conclusión similar llegan los neoestructuralistas para quienes los desaciertos de los primeros enfoques de la Cepal y de la escuela monetarista no se deben tanto a los diagnósticos, sino sobre todo a los acentos que se pusieron en el tratamiento de los problemas. Según su opinión, dichas interpretaciones del subdesarrollo, si bien dieron a conocer elementos importantes de la realidad de los países latinoamericanos, se quedaron cortas para proponer salidas viables en aras de superar las dificultades. -La razón?:- desde su visión, polarizaron sus apreciaciones y como consecuencia el diseño de sus estrategias. De acuerdo con los neoestructuralistas, el principal acierto de los enfoques de la Cepal fue el concebir el subdesarrollo determinado por las rigideces estructurales de largo plazo de carácter histórico social; sus mayores inconvenientes el no haber prestado casi ninguna atención a los desequilibrios internos de corto plazo, especialmente descuidaron los fenómenos monetarios (medios de pago) y financieros (déficit fiscales) de la inflación, con lo que sus propuestas

en materia de políticas macroeconómicas fueron insuficientes; también sobreestimaron la importancia del Estado como agente dinamizador del crecimiento (Rosales, 1988a). En contraste con la Cepal, los monetaristas tuvieron el mérito de identificar las restricciones coyunturales al crecimiento, en particular los desequilibrios de las variables macroeconómicas de corto plazo, que de continuar hacen difícil sostener un proceso de expansión económica; no obstante, descuidaron los aspectos estructurales de largo plazo y le concedieron excesiva importancia a los mecanismos de mercado y no a los de la intervención para corregir los desajustes económicos.

Precisamente a partir de esta polaridad de enfoques es de donde los neoestructuralistas construyen su pensamiento. Se podría decir que sus ideas son una síntesis que combina las concepciones que critican, tomando los aspectos positivos de los diagnósticos de la Cepal y monetarista, dejando de lado los negativos, para proponer desde ahí una nueva estrategia de desarrollo «desde dentro» en los países de América Latina (Sunkel y Ramos, 1991). En dicha estrategia se articula y no se excluye el crecimiento «hacia dentro» basado en la sustitución de importaciones del crecimiento «hacia fuera» de fomento de las exportaciones y viceversa (Bitar, 1988).

Según este orden de ideas, los neoestructuralistas explican el subdesarrollo en función de los limitantes estructurales como en términos de los desajustes macroeco-

nómicos externos e internos. A su juicio, aspectos tales como el precario patrón de inserción internacional con base en la producción y exportación de bienes primarios, el deterioro de los términos de intercambio, las formas de tenencia de la tierra, el escaso desarrollo y difusión del progreso técnico, el carácter heterogéneo de las estructuras productivas, la baja productividad, los bajos ingresos, el desempleo abierto y disfrazado, la concentración de la riqueza, la estrechez de los mercados internos, etc., obstaculizan el crecimiento (Rosales, 1988); del mismo modo, la inflación, los déficit fiscales, los déficit comerciales, la escasez de divisas y la transferencia neta de capitales hacia el exterior, impiden un adecuado funcionamiento de las economías y una más eficiente asignación de los recursos (Sunkel, 1991).

Con base en este diagnóstico su estrategia de desarrollo busca, en lo fundamental, modificar el tipo de inserción en la división internacional del trabajo, diversificando las exportaciones y los mercados de destino, para lo cual se requiere modernizar las estructuras productivas y de gestión en los sectores atrasados, en particular los del sector industrial por ser los productos de dicha rama los más dinámicos en la economía mundial. Para los neoestructuralistas, ésta sería una condición sin la cual resultaría difícil inducir un crecimiento económico acorde con unos niveles de productividad y de ingresos reales más altos para la población.

Se entiende que la propuesta de industrialización sugerida por la Cepal es dis-

tinta a la de los neoestructuralistas. Dos son sus diferencias fundamentales: de una parte, mientras para los primeros la industrialización debe ir orientada preferiblemente hacia el mercado interno, para los segundos, sin negar esta última alternativa, también hacia los mercados externos; de otra parte, y en estrecha relación con lo anterior, el modelo de la Cepal abogó por una industrialización excesivamente protegida, lo cual dio lugar a que se consolidaran empresas ineficientes, operando en condiciones de baja productividad, con altos costos, baja capacidad de absorción de empleos productivos y produciendo preferiblemente bienes de consumo final; por su parte, los neoestructuralistas recomiendan una industria más dinámica y diversificada, abierta a la competencia externa pero también protegida con un régimen arancelario diferenciado. Dicha industria debe poder producir no sólo bienes de consumo sino bienes intermedios y de capital para los mercados internos como para los externos. Según los neoestructuralistas, el fracaso del patrón de industrialización en América Latina tiene una de sus causas, precisamente, en que los países de la región no pudieron continuar con una trayectoria bien definida en el proceso de sustitución hacia la producción interna de bienes intermedios y de capital, los cuales, en su gran mayoría, continuaron siendo importados (Fajnzylber, 1983). A dicha carencia se atribuye en gran parte el lento crecimiento de la región, los desajustes económicos y el bajo nivel de vida de la población.

Un aspecto de importancia a tener en cuenta en el enfoque neoestructuralista es el marcado interés que se le pone al desarrollo tecnológico. En dicha concepción, se considera al progreso técnico como un factor de la producción indispensable para conseguir un desarrollo más dinámico, independiente y autosostenido. Para los neoestructuralistas, los avances tecnológicos se constituyen en una necesidad en las actuales condiciones de la economía mundial, donde están cambiando las tendencias de la acumulación de capital, gracias al impulso tomado por los adelantos realizados en las ramas de la ingeniería genética, la aplicación del láser a los procesos industriales, la difusión de los microprocesadores y demás logros obtenidos en la línea de la microelectrónica, los descubrimientos de nuevas fuentes de energía, etc.; en estas circunstancias no se puede crecer suficientemente sino a condición de darle apoyo y relevancia a aquellas actividades que sean innovadoras, creativas y puedan generar tecnologías adecuadas para las empresas, tecnologías sin las cuales es imposible competir en costos, calidad y con nuevos productos en los mercados mundiales (Fajnzylber, 1983).

Según los neoestructuralistas, si América Latina no adecúa sus estructuras productivas a las nuevas exigencias que está tomando la división internacional del trabajo y sigue protegiendo a los sectores no transables e ineficientes, continuará con sus conocidos desequilibrios estructurales externos e internos que tanto la han caracterizado. El diagnóstico prevé

que en el mediano plazo los desajustes tenderán a agravarse, pues los nuevos desarrollos tecnológicos que se están dando a escala mundial requieren menos insumos primarios y productos básicos que son los únicos rubros en los cuales los países de la región han podido especializarse. Por lo tanto, de no cambiarse este tipo de especialización por otra diferente, basada en innovaciones tecnológicas, se sacrificará el crecimiento futuro, con las consecuencias perjudiciales que ello acarrea sobre el empleo y el empeoramiento de las condiciones de vida de la población.

Para lograr los avances tecnológicos requeridos los neoestructuralistas sugieren una participación activa del Estado que trate de fortalecer los institutos de investigación y universidades existentes, dotándolos de recursos aceptables. Se recomienda también la creación, apoyo y fomento de centros de aprendizaje suficientemente calificados que son necesarios para difundir, a nivel del conocimiento, las tecnologías adquiridas. Según Fajnzylber (1983), sin centros de enseñanza bien capacitados donde se transmitan los conocimientos que cada una de las ciencias y artes han aportado al acervo cultural de la humanidad, no podrá haber aprendizaje ni mucho menos progreso técnico. Para que el aprendizaje no se agote y pierda su dinámica, debe extenderse a la casi totalidad de la población, no debe ser privilegio exclusivo de un grupo reducido de la misma. La educación masiva y la recalificación de la fuerza de trabajo para que pueda

desempeñar actividades de mayor complejidad, repercuten en un mayor crecimiento, elevan la productividad del trabajo y también ayudan a mejorar la distribución de los ingresos (Rosales, 1988b).

Tenemos entonces que en el enfoque neoestructuralista el progreso técnico y la formación y calificación de los trabajadores aumentan la productividad, permiten la generación de mayores excedentes y puestos de trabajo productivos, disminuyen la heterogeneidad estructural típica de los países de América Latina, posibilitan una más ventajosa y dinámica inserción externa, elevan los ingresos de la población y mejoran la distribución de la riqueza. Por lo tanto, a su juicio, resulta incorrecto proponer para los países pobres un modelo de desarrollo «hacia fuera» basado en la promoción de exportaciones de productos básicos cuya elaboración exige el empleo de tecnologías no muy complejas y la utilización de una fuerza de trabajo simple, con un nivel de formación bajo y mal retribuida. En su concepción, lo mejor sería inducir la creación de tecnologías, para lo cual, como se indicó, se le concede demasiada importancia a la formación de capital humano e investigación científica. Sin una infraestructura tecnológica compleja y diversa, creada endógenamente por la dinámica del mercado interno, de la competencia externa y de los estímulos estatales, los países en desarrollo no podrán mejorar sus estructuras productivas, alcanzar mayores niveles de crecimiento y hacer más competitivas sus industrias en los mercados internacionales.

Como se señaló atrás, el análisis neoestructuralista y la propuesta de desarrollo que se desprende del mismo, se construye sobre una serie de oposiciones donde los extremos no se excluyen como en los modelos de la Cepal y monetarista, sino que se complementan, logrando encontrar en sus combinaciones una síntesis que a su juicio es la más adecuada. Las oposiciones sobre las cuales va a gravitar el pensamiento neoestructuralista se dividen en tres grandes grupos: mercado-Estado; largo-corto plazo, la cual incluye la oposición oferta-demanda y; desarrollo «hacia dentro» - desarrollo «hacia fuera», que presupone considerar los extremos mercado interno-mercado externo. A continuación pasamos a exponer brevemente cada una de esas oposiciones, la síntesis que se hace de las mismas y sus respectivas implicaciones para la política económica.

Mercado – Estado

Para los neoestructuralistas tanto el mercado como la participación del Estado en la economía se complementan. No ocurre lo mismo en el pensamiento de la Cepal donde se privilegia el Estado en contra de las bondades del mercado, o como en el pensamiento monetarista que minimiza la importancia del primero para potenciar las del segundo. En los neoestructuralistas, por el contrario, la libre iniciativa privada actuando en los mercados y la acción del Estado son necesarios. Según su concepción, el mercado es indispensable para la tarea del desarrollo ya que profundiza la división

del trabajo por tipos de ocupación y entre sectores económicos; sin su influencia, serían mínimos los aumentos de la productividad y poco diversificados los oficios y la producción. Además, al propiciar la competencia, el mercado fomenta la eficiencia con el resultado favorable ya señalado sobre la productividad y desde luego sobre el crecimiento. Sin embargo, el mercado no es suficiente, tiene fallas y distorsiones que el Estado debe compensar, en especial la inadecuada asignación de los recursos, el desempleo, la inflación, la excesiva concentración de los ingresos y demás desequilibrios inherentes al funcionamiento del sistema, deben ser corregidos por la intervención eficaz del gobierno.

Según los neoestructuralistas, las funciones del Estado serían las siguientes: asistencia social y subsidios para los grupos más deprimidos de la población; inversiones públicas en sectores productivos prioritarios y en obras para los más pobres; privatización de las empresas vinculadas a la producción de bienes no estratégicos, lo cual excluye las de los servicios básicos; elevar la eficiencia de las entidades del Estado, hacerlas más competitivas y otorgarles mayor autonomía administrativa y presupuestaria; intervenir en la economía para propiciar una más justa distribución de la riqueza y evitar los desequilibrios macroeconómicos; formular políticas fiscales sanas, procurando mantener el presupuesto balanceado y cuidando los gastos excesivos, y por el lado de los ingresos diseñar políticas tributarias progresivas que recaigan más

sobre los impuestos directos y no sobre los indirectos; y finalmente, un sistema de gobierno más democrático, participativo, descentralizado, donde las decisiones se tomen concertadamente entre el gobierno, el sector privado y los trabajadores (Rosales, 1988b; y Sunkel y Zuleta, 1990).

Largo - Corto Plazo

En la visión neoestructuralista sobre los problemas de América Latina una de las características inherentes del funcionamiento de dichas economías, son los conflictos y los desequilibrios, no las armonías y los equilibrios (Lustig, 1988). Del mismo modo, para estos economistas las rigideces estructurales de largo plazo y los desajustes macroeconómicos de corto plazo interactúan de tal manera que las primeras conducen a los segundos y lo inverso; a su vez, este complejo conjunto de interacciones explican el subdesarrollo. Esta interpretación se diferencia de las primeras concepciones de los pioneros de la Cepal, para quienes el atraso económico se atribuye casi que exclusivamente a fenómenos estructurales y no tanto a los problemas de la coyuntura; de igual manera se diferencia del pensamiento monetarista que concibe el subdesarrollo fundamentalmente ocasionado por los errores de las políticas de corto plazo y del modelo de sustitución de importaciones y en menor medida por los aspectos estructurales de largo plazo.

En los neoestructuralistas, por el contrario, se recogen en una unidad los aspectos

de largo y corto plazo para explicar la dinámica del subdesarrollo. Así por ejemplo: una inserción comercial externa empobrecedora, donde las ventajas comparativas para los países en desarrollo se dan en términos de la abundancia de sus recursos naturales y de una mano de obra barata, se comprende por factores institucionales y técnicos de largo plazo así como por razones de índole histórico-social; dicha inserción genera desequilibrios comerciales que se traducen en escasez de divisas, reducción de la capacidad para importar, disminución de la tasa de inversiones, baja capacidad de absorción de empleo productivo, desempleo, contracción de la oferta y presiones inflacionarias, todo lo cual determina a la vez el subdesarrollo; asimismo los déficits fiscales excesivos no sólo pueden ocasionar un incremento desmedido del nivel de precios sino deprimir los ahorros internos y externos, con lo que se comprometería en el mediano y largo plazo el crecimiento, el empleo y la productividad, agravándose así la situación de pobreza de la población.

Esta manera particular de interpretar el subdesarrollo tiene consecuencias para la política económica. A juicio de Sunkel (1991), la estrategia de desarrollo debe coordinar el corto con el largo plazo, para evitar las recesiones atribuidas a fenómenos relacionados con el funcionamiento de las economías y superar las crisis estructurales ocasionadas por las rigideces de largo plazo. Según dicho autor, la coordinación del corto y largo plazo es una manera eficaz de salir de los enfoques

unilaterales y polarizados que han caracterizado los modelos de desarrollo en América Latina en los últimos tiempos. Para Sunkel, aspectos a tener en cuenta en las políticas de corto plazo serían: la evolución de los flujos anuales de ingresos y gastos de las variables macroeconómicas, lo cual llevaría a considerar los desequilibrios en los mercados de trabajo, de bienes y servicios, los déficit comerciales externos, y los desajustes en los mercados de dinero y financiero, que comprenden la entrada y salida neta de capitales del exterior.

Por su parte, respecto a los aspectos estructurales se deberían tener presente los patrimonios o acervos en los cuales interactúan los flujos anuales de ingresos y gastos. Sunkel distingue tres tipos básicos de patrimonio: a. El patrimonio socio-cultural que comprende el tamaño de la población y sus tendencias demográficas, la infraestructura tecnológica y el desarrollo científico de los países, los modos de vida de la población, sus hábitos, costumbres, valores, creencias e ideas asociadas con sus niveles de educación, sistemas de gobierno y corrientes políticas que insinúan una u otra forma de organización institucional de la sociedad; b. Patrimonio natural, que incluye la extensión y limitación del territorio nacional, el medio ambiente y la distribución geográfica de los recursos renovables y no renovables; y c. Patrimonio de capital, el cual abarca desde la infraestructura de transporte y comunicaciones hasta la capacidad de producción de las diferentes unidades económicas (Sunkel,

1991). Por lo tanto, en dicho autor la diferenciación de los aspectos coyunturales y estructurales y sus respectivas relaciones y articulaciones, permiten formular estrategias de desarrollo viables, adecuadas y sostenibles.

En lo que concierne a las políticas de largo plazo, concretamente se recomienda el fomento a la producción de sectores considerados como prioritarios (Ffrench - Davis 1985). Para dicho autor, entre los criterios de selección se tendrían: su capacidad de generar efectos multiplicadores expansivos sobre la producción, el empleo, la distribución del ingreso y, además, que cuenten con la posibilidad de crear «ventajas comparativas adquiribles». En este último sentido se sugiere la promoción de un desarrollo que privilegie no tanto las actividades no transables como la construcción, los servicios y los gastos del gobierno, sino aquellos sectores que diversifiquen la base industrial con nuevos productos, que tengan incorporado alto valor agregado y contenido tecnológico y que sean capaces de colocar sus excedentes en los mercados mundiales. Del mismo modo, se deben estimular con suficientes ingresos el progreso técnico y la formación de la mano de obra, los cuales combinados con una mejor organización técnico-administrativa de la producción, darían lugar a un uso más eficiente de los recursos y a mayores niveles de productividad.

Como para los neoestructuralistas, el subdesarrollo también lo ocasiona la desigualdad asociada a la concentración de

la propiedad, la baja productividad de los sectores atrasados, la poca disponibilidad de ahorros para las inversiones productivas y los patrones de consumo suntuario de los grupos de la población de ingresos altos y medios, se sugieren, igualmente, acciones que concentren los esfuerzos en la eliminación de esos obstáculos. En particular, se reitera la necesidad de hacer una reforma agraria que suministre tierras a los pequeños campesinos, asistencia técnica y créditos subsidiados; la reforma agraria se recomienda sobre todo en aquellos países donde aún existe la concentración de la propiedad territorial. En dicha concepción se considera que la pequeña economía campesina cuenta aún con posibilidades grandes de contribuir al crecimiento ya que incorpora mano de obra, produce bienes alimenticios para la población y se constituye en un sector que demanda materias primas y bienes de consumo final producidos por la industria (Bitar, 1988). Los mismos argumentos se dan respecto a los sectores informales de la economía, los cuales deben apoyarse con recursos suficientes y créditos a tasas de interés preferenciales para los productores pequeños e incipientes (Ffrench - Davis 1988).

Se insiste también en la necesidad de aumentar los ahorros internos con el propósito de tener mayor disponibilidad de recursos para la formación bruta de capital. Si los ahorros se fomentan, su acumulación sirve tanto para ampliar la capacidad productiva de la economía como para incrementar la oferta de bienes y los medios con que adquirirlos. Por el contrario,

si disminuyen, se contrae la capacidad real que tiene el sistema para generar un crecimiento económico mejor.

Para los neoestructuralistas, el aumento de los ahorros significa sacrificar parte del consumo presente, en especial los gastos de lujo de los sectores de la población de ingresos altos y medios. En su concepción, el consumo suntuario no es conveniente ya que aparte de profundizar las desigualdades sociales sustrae cuantiosos recursos de la economía y los desvía al exterior. Lo anterior debido a que muchos de esos bienes son importaciones crecientes que no generan efectos económicos directos provechosos y si por el contrario, desplazan la producción y el empleo hacia fuera en provecho de los países desarrollados que son los que los producen. Por lo tanto, el consumo suntuario significa que una porción importante del ingreso nacional no se está utilizando en inversiones que puedan ser destinadas en la creación de puestos de trabajo; de ahí que se recomiende una mayor disciplina en materia de este tipo de gastos, lo cual debe ir acompañado de reformas que modifiquen los estilos y modos de vida de los sectores más ricos de la población; además, el cambio de los patrones de consumo suntuario requiere el empleo de políticas fiscales y tributarias que los desestimulen (Bitar, 1988).

Respecto a las políticas de corto plazo los neoestructuralistas creen pertinente distinguir las de ajuste, para corregir los desequilibrios externos, de las de estabilización, para controlar la inflación (Ra-

mos, 1991). Aunque ambas políticas puedan ir acompañadas en la práctica conviene separarlas y no identificarlas como ocurre con los monetaristas. De acuerdo con Ramos, así se den elementos comunes que expliquen los desajustes externos y la inflación, como por ejemplo, un exceso del gasto agregado interno sobre la producción doméstica, también se dan distintos fenómenos que intervienen en ambos procesos. Los desajustes externos y la inflación, aparte del factor ya mencionado del sobrante de demanda agregada interna, están inducidos por aspectos estructurales relacionados por el lado de la oferta.

En la visión neoestructuralista, se considera inoportuno ajustar las economías con políticas de contracción de la demanda por considerarlas de naturaleza recesiva y regresiva (Sunkel, 1991). En consecuencia, se aprecia que la mejor política de ajuste es fortalecer la oferta, aumentando la eficiencia productiva y la capacidad competitiva de las empresas y eliminando las restricciones estructurales al crecimiento.

En cuanto a las políticas de estabilización, es importante distinguir entre los componentes inerciales de la inflación, que la ponen en movimiento, de los aspectos de desequilibrio que le dan origen. Las políticas de precios e ingresos monetarios absolutos son necesarias para controlar las del primer orden, mientras que los ajustes de la demanda a la producción existente y el control de precios relativos son los más adecuados para evitar las del segundo tipo

(Ramos, 1991). Sin embargo, las preferencias de los neoestructuralistas se dirigen a atacar los aspectos inerciales de la inflación, las raíces estructurales de la misma, las pugnas distributivas que ellas traen consigo, y en menor grado los excesos de demanda que igualmente son su causa. Por consiguiente, abogan por políticas que controlen los precios e ingresos; aumenten la oferta agregada, ampliando la capacidad de producción del sistema; disminuyan las tensiones sociales por las pugnas distributivas, y no tanto con políticas que depriman la demanda agregada por ser recesivas.

Las políticas de ajuste y de estabilización se complementan con otras medidas de carácter fiscal, monetario, financiero y de comercio exterior. Dado que para los neoestructuralistas, así como ocurre con los keynesianos, el ajuste de los mercados se hace a través de las variaciones en las cantidades ofrecidas y demandadas y no a través de los cambios en los precios porque éstos tienden a ser rígidos a la baja, entonces los mecanismos del mercado no son suficientes ni para garantizar una asignación eficiente de los recursos ni un adecuado funcionamiento de las economías. Como Keynes lo demostró en su debido tiempo, en una situación donde los precios son inflexibles a la baja, la tendencia de la economía es hacia el desequilibrio y la recesión por oposición al equilibrio y al pleno empleo de los factores productivos.

Los neoestructuralistas, aceptando tales argumentaciones, aconsejan intervenir en

los mercados, no dejando a su discreción las decisiones económicas, y esto para evitar los desequilibrios y el empeoramiento de las condiciones de la producción. Se sugiere, por lo tanto, un sistema financiero regulado, con tasas de interés reales positivas pero no tanto como para que puedan dañar las inversiones y el crecimiento. Lo mismo puede decirse respecto a los salarios, el tipo de cambio y demás precios básicos de la economía. Estos deben regularse para impedir alzas desmedidas de los mismos que no sólo conducen a presiones inflacionarias sino además a recesiones económicas. En materia fiscal y monetaria, especialmente cuando la inflación amenaza con desbordarse, se recomienda una mayor austeridad del gasto público y también un mayor control de la cantidad de dinero cuando sea necesario (Rosales, 1988b).

**Desarrollo «hacia dentro» -
Desarrollo «hacia fuera»**

Los términos desarrollo «hacia dentro» - desarrollo «hacia fuera» frecuentemente han sido empleados en la discusión sobre los problemas de América Latina. Se habla de desarrollo «hacia dentro» cuando la producción se dirige principalmente al mercado interno y no al externo; en la situación opuesta el desarrollo se considera orientado «hacia fuera». El hecho de que el carácter de la producción tome una u otra dirección depende fundamentalmente de las políticas que se adopten. Por lo general, si se protegen demasiado los mercados internos con impuestos arancelarios y otros obstáculos que difi-

cultan la libre entrada de mercancías y de capitales del exterior, se induce un desarrollo «hacia dentro»; por el contrario, si se reducen o eliminan las barreras arancelarias y se fomentan las exportaciones con subsidios y otros estímulos, la actividad económica tiende a dirigirse «hacia fuera». Sin embargo, estas observaciones no quieren significar como se ha querido interpretar en algunos círculos académicos y de opinión, que la diferencia entre ambos modelos radica en que en el primero la economía es cerrada, es decir, no realiza exportaciones e importaciones, mientras que en el segundo es abierta ya que mantiene relaciones de intercambio comercial con el resto del mundo. En realidad las cosas distan de ser así pues en ambos modelos la economía está abierta, aunque su peso específico es menor en el primer caso que en el segundo.

En la estrategia de desarrollo propuesta por los neoestructuralistas las alternativas desarrollo «hacia dentro» - desarrollo «hacia fuera» no son excluyentes como en los primeros enfoques de la Cepal y el pensamiento monetarista, sino complementarias. A su juicio, lo más adecuado para los países de América Latina sería no fomentar sectores de baja productividad con políticas de protección indiscriminada como lo aconsejaron los primeros enfoques de la Cepal, tampoco estimular las exportaciones de bienes primarios e industriales simples como lo sugieren los monetaristas, lo mejor sería salir de la lógica de esa falsa disyuntiva desarrollo «hacia dentro» - desarrollo

«hacia fuera», combinando ambas opciones sobre una base nueva y sin que ninguna de las dos quede anulada por la otra. La estrategia de desarrollo más conveniente es aquella que fomente la producción interna de aquellos bienes más dinámicos en los mercados mundiales, estimulándolos con subsidios, reducción de impuestos, créditos de fomento y protegiéndolos con políticas arancelarias selectivas.

Un aspecto central a tener en cuenta y que a juicio de los neoestructuralistas ha impedido el desarrollo de exportaciones dinámicas, es el sesgo anti-exportador que hace que los empresarios elijan producir para los mercados internos en vez de para los externos. Dicho sesgo, definido como el diferencial entre los aranceles y los estímulos a las exportaciones, a criterio de los neoestructuralistas, debe reducirse o en el mejor de los casos eliminarse. Su reducción implica aumentar los subsidios y otros incentivos a las exportaciones, y no como lo sugieren los monetaristas disminuyendo indiscriminadamente los gravámenes arancelarios.

Lo anterior no significa que no se contemple la necesidad de disminuir los aranceles. En su opinión, éstos deben descender gradualmente y de manera diferenciada; pero no abrupta y uniformemente como lo proponen los monetaristas (French-Davis, 1988). Para los neoestructuralistas, la reducción de los aranceles es indispensable ya que sometiendo las industrias locales a la competencia externa las fuerza a ser más eficien-

tes y productivas, lo cual no sólo las haría más aptas para penetrar los mercados internacionales, sino que promocionaría una sustitución más exigente y no empobrecedora como la que se ha venido dando en la región (Sunkel y Zuleta, 1990).

Como se puede apreciar, en la estrategia de desarrollo propuesta por los neoestructuralistas el sector externo ocupa un lugar protagónico, especialmente las exportaciones. En su concepción, sin embargo, no cualquier tipo de exportaciones resultan las más indicadas para la tarea del desarrollo económico. Dos son los argumentos que se tienen en cuenta para sostener dicha afirmación: 1. En los últimos años el capitalismo a nivel mundial ha venido redefiniendo la división internacional del trabajo hacia una nueva especialización más dinámica, donde las ventajas comparativas ya no vienen dadas como antes en los términos estrechos de una competitividad basada en la abundancia de recursos naturales, mano de obra barata, o bienes que se puedan producir a bajos precios, sino en aquellos productos industriales que tengan la posibilidad de diferenciarse de los demás y cuya elaboración exige técnicas de producción complejas y una mano de obra altamente calificada, con talento, imaginación y con capacidad de introducir mejoras e innovaciones tecnológicas. Aquellos países que no se acomoden a estos cambios y continúen especializados en aquellas líneas de producción que ofrecen ventajas comparativas estáticas, dadas en la buena dotación de sus recursos

naturales, tendrán dificultades aún mayores en el futuro, y; 2. Los neoestructuralistas argumentan, como lo hicieron sus antecesores de la Cepal, que los bienes del sector primario en los cuales predominantemente siguen especializados la mayoría de los países de América Latina presentan poco dinamismo en los mercados mundiales, mientras que los de origen industrial se expanden más rápido.

Son tres las razones que explican estas diferencias: a. La elasticidad ingreso de la demanda de los bienes primarios es menor a la de los bienes del sector secundario, es decir, la población tiende a gastar más sus ingresos en bienes industrializados que en productos básicos; b. Las nuevas tecnologías creadas en los países industrializados no sólo reemplazaron relativamente del consumo mínimo los bienes naturales por productos sintéticos, sino que también dieron un uso más eficiente a los insumos, los desperdicios son menores y muchos de los mismos son empleados en nuevos procesos productivos, y; c. La fijación de barreras arancelarias y para arancelarias para los bienes de origen agrícola por parte de los países desarrollados y que no fueron suprimidas a pesar de los acuerdos del GATT (DI. Filippo, 1987).

Existe pues una tendencia de parte de los países industrializados a gastar cada vez menos sus ingresos en bienes de consumo del sector primario. De esta conclusión los neoestructuralistas desprenden que resulta inconveniente para los países de América Latina continuar dependien-

do de las exportaciones primarias como también de las bonanzas coyunturales externas; lo mejor sería fomentar actividades productivas diferentes a las tradicionales. Dichas actividades reactivarían las exportaciones, pero a diferencia de los productos primarios en los cuales América Latina ha venido participando en el comercio mundial, deben ser productos del sector secundario, con un alto valor agregado, que sean el resultado de una base industrial diversificada y de una compleja estructura tecnológica diferente a la que existe hoy y para la cual las políticas de fomento del capital humano, capacitando y calificando la mano de obra son indispensables. Lo anterior implica que el modelo de desarrollo no se oriente únicamente de «fuera hacia dentro» fomentando las importaciones como lo sugieren los monetaristas, sino también de «dentro hacia fuera» apoyando y estimulando las exportaciones de productos industrializados, ampliándolas y diversificando los mercados de destino. De ahí que a esta nueva estrategia de desarrollo sugerida por los neoestructuralistas se le denomine «desarrollo desde dentro» (Sunkel, 1991).

La propuesta de desarrollo recomendada por los neoestructuralistas incluye asimismo acciones para regular los movimientos de capital de la balanza de pagos. Respecto a la inversión extranjera, se considera que muchas de las actividades a las cuales se ha dirigido ésta han sido deficitarias en materia de balanza comercial, lo cual ha determinado que varias de las empresas multinacionales

contribuyan en buena medida a generar los desequilibrios externos de la región. De esta última afirmación se desprenden tres conclusiones de importancia: a. Las compañías transnacionales invierten en los países más con el propósito de abastecer los mercados internos que con el objeto de desarrollar exportaciones; b. Si bien es cierto que la inversión extranjera ayudó al proceso de sustitución de importaciones en varios países, también es cierto que su aporte ha sido escaso en el rubro de los bienes intermedios y de capital, y; c. Buena parte de las importaciones que realizan las empresas extranjeras son equipos, bienes intermedios y tecnologías producidas directamente en las casas matrices y no en las filiales donde tiene lugar la inversión, lo cual significa, al contrario de lo que se cree, que las empresas multinacionales no están produciendo suficientes tecnologías, con lo que se pone en entredicho su capacidad de liderar los avances tecnológicos que tanto le hacen falta a las economías de la región. Lo que es válido para las tecnologías también lo es para los procesos de aprendizaje y conocimientos científicos que se requieren para producirlas: éstos son patentados con mucho recelo en los países de origen de la inversión y sólo se difunden al interior de la región, espe-

cialmente las tecnologías, una vez han dejado de ser rentables en los mercados internacionales o cuando son superadas por otras más avanzadas que las sustituyen.

Con base en este diagnóstico los neoestructuralistas creen oportuno eliminar esos inconvenientes exigiendo que la inversión extranjera no se oriente únicamente al mercado interno sino que sea capaz, como de hecho lo es, de generar exportaciones (Sunkel y Zuleta, 1990). Finalmente, respecto a los créditos externos, se pone de manifiesto que la salida de capitales por concepto de intereses y amortización de la deuda ha sido mayor que la entrada líquida de recursos. Lo anterior significa que los países de la región están trasladando parte apreciable de su riqueza que es producida internamente hacia los países más desarrollados. Circunstancia esta última indeseable porque además de profundizar las condiciones del subdesarrollo impide por lo mismo que América Latina mejore su bienestar acorde con unas condiciones de vida más humanas para la población. En consecuencia, se sugiere interrumpir, previo acuerdo entre las partes, la salida de capitales a fin de que haya más recursos disponibles para financiar el desarrollo (Sunkel y Zuleta, 1990).

BIBLIOGRAFÍA

- BALASSA, B., y otros. 1986. «Dinero y capital en el desarrollo económico en América Latina», Washington. D.C., Institute for International Economics (IIE).
- BITAR, Sergio. 1988. “Neoliberalismo vs. Neoestructuralismo en América Latina”. En: Revista de la Cepal, No. 34, abril, Santiago de Chile.
- DI FILIPPO, Armando. 1987. “El deterioro de los términos de intercambio, treinta y cinco años después”; en: revista Pensamiento Iberoamericano, No. 11, enero-junio, Madrid.
- FAJNZYLBBER, Fernando. 1983. “La industrialización trunca en América Latina”; Ed. Nueva Imagen, México.
- LUSTIG, Nora. 1988. “Del estructuralismo al neoestructuralismo: la búsqueda de un paradigma heterodoxo”; en: colección estudios CIEPLAN, No. 23, marzo.
- MACKINNON, Roland. 1974. “Dinero y capital en el desarrollo económico”; Ed. Centro de Estudios Monetarios Latinoamericanos, México.
- RAMOS, Joseph. 1991. “Equilibrios macroeconómicos y desarrollo”; en: “El desarrollo desde adentro, un enfoque neoestructuralista para América Latina”; compilación hecha por Oswaldo Sunkel, Ed. F.C.E., México.
- ROSALES, Oswaldo. 1988a. “Balance y renovación en el paradigma estructuralista del desarrollo latinoamericano”; en: revista de la Cepal No. 34, abril, Santiago de Chile.
- _____. 1988b. “El Neoestructuralismo en América Latina”; en: revista Pensamiento Iberoamericano, No. 14, julio-diciembre, Madrid.
- SUNKEL, O., RAMOS, J. 1991. “Introducción a una síntesis neoestructuralista”; en: “El desarrollo desde adentro, un enfoque neoestructuralista para América Latina”; compilación hecha por Oswaldo Sunkel, Ed. F.C.E., México.
- SUNKEL, Oswaldo. 1991. “Del desarrollo hacia adentro al desarrollo desde dentro” en: “El desarrollo desde adentro, un enfoque neoestructuralista para América Latina”; compilación hecha por Oswaldo Sunkel, Ed. F.C.E., México.
- _____. 1995 “Reflexiones acerca de la reforma Económica, la Crisis Social y la Viabilidad Democrática en América Latina”, Mimeógrafo.
- SUNKEL, O., ZULETA, G. 1990. “El Neoestructuralismo vs. el Neoliberalismo en los noventa”; en: revista de la Cepal No. 42, diciembre, Santiago de Chile.